

ASPECTOS DE ESPAÑA  
VISTOS POR AZORÍN

**P**ARECE que todo se ha dicho —y se ha escrito— sobre la generación del 98. En consecuencia, sobre el frecuentemente discutido Azorín, uno de sus más conspicuos representantes. Estudios de conjunto como los de Granjel, Jeschke, Laín, etc., y las numerosas monografías unilaterales publicadas, en cualquier aspecto, sobre la generación, pueden contribuir a crear la idea de que sea cierto el agotamiento del tema.

La verdad, realmente, es muy otra. Por una razón, entre muchas, simple y sencilla: siempre queda un aspecto, un ángulo, un punto de mira que, aunque tocado, es susceptible de nuevo tratamiento; y no sólo en el manoseado campo del 98, sino en cualquier parcela del quehacer humano. La última perspectiva jamás está estudiada, salvo que la cultura —en este caso la cultura literaria— haya muerto por inanición. La obra queda como objeto. Y la visión personal de cada hombre, de cada crítico, puede venir eternamente a colocar una nueva faceta sobre ella. Como en los ojos de ciertos insectos, el polifacetismo de la obra literaria es infinito dentro de los límites humanos.

Nuestra faceta es poco pretenciosa y, quizá, bastante repetida. ¿Cuánto se ha escrito acerca del específico modo que tienen los noventayochistas de ver España y, más concretamente, Azorín? Muchísimo, sin duda alguna. No obstante sospecho que se ha insistido demasiado en el tópico, en la parcialidad de la visión, en la teoría «a priori» no fundamentada lo suficiente en los textos originales. Y se ha hecho, además, un tanto



aisladamente, profundizando en el aspecto político y sus adláteres más o menos visibles. Pero la política, siendo mucho y lo más visible, no lo es todo ni lo esencial. Se presta más al relumbrón, a la altisonancia oratoria. Resalta, aunque es bastante fugaz y pasajero.

Lo que no quiere decir, en modo alguno, que vayamos a descubrir unas nuevas Américas. Nada de eso. Ya se descubrieron tiempo ha. Sólo vamos a mirarlas, sintéticamente, con nuestro propio prisma. Y aglutinar motivos, coordinar textos en posible conexión.

Porque cuando Azorín habla de España, no siempre lo hace doloridamente, con afán de acerbo criticismo. No todo en él es regeneración político-social. Hay mucho más, a lo ancho y a lo hondo, en su problemática y en su preocupación. Aunque siempre, eso sí, es España lo que late como idea y sentimiento-eje. Un clásico olvidado, una pincelada de paisaje, un jirón de historia, un hombre inmóvil o no en el tiempo: latidos que brotan del corazón de España, de la esencia española que es Castilla. Y a propósito de Castilla, quizá sea el libro de Marguerita C. Rand *Castilla y Azorín*, el que mejor expresa lo que pretendemos poner de relieve.

Aun así permanecemos firmes en nuestro empeño. Nos preocupa hondamente, serenamente —si serenidad y preocupación pueden hermanarse— el tema de España reflejado en las pupilas intemporales de Azorín. Cómo a través de ellas penetra hasta el fondo de su cerebro, doloridamente, porque según él mismo, «la inteligencia es dolor». Y es que «una ligera opresión nos angustia cuando pensamos en el reposo, en la inmovilidad, en el abandono, en la negligencia de España. «Silencio sepulcral de la existencia española», decía Larra.

En España domina la inercia, la inmovilidad mental, la muerte, en suma; y ello, en aquel momento de su vida, desplace al escritor, sin que, no obstante, tal repulsa consiga abatir en su intimidad un sentimiento contradictorio de amoroso afecto. En todo caso «nuestra melancolía es un producto... de la sequedad de nuestras tierras; y la idea de la muerte es un corolario inmediato, riguroso, de la melancolía. Y esta idea, la de la muerte, es la que domina con imperio avasallador en los pueblos españoles».

¿Es posible mayor dolor de inteligencia?

Pero no todo es dolor, porque también añade Azorín:

«Quisiéramos estar aquí siempre. Y, sin embargo, al propio tiempo



nos sentimos atraídos, enternecidos, por aquellos pueblecitos, por aquel caserón viejo y noble de allá arriba» (1).

Una cosa y otra. Inteligencia dolorosa y sentimiento amable, íntimo. Como ingredientes fundamentales de su visión de España.

Pero ¿no estará todo esto escrito, hablado ya? ¿No se habrán diseccionado las fibras españolas de Azorín hasta el último extremo, sin dejar ningún resquicio inédito?

Nihil novum sub sole. Quizá nada nuevo quede por descubrir en Azorín. A pesar de todo, insistimos. Algún rincón, algún trocito habrá por añadir, para terminar el policromo colorido del cañamazo común. Porque, parafraseando un pensamiento del propio Azorín, «no se si habré llegado a conocer esto. Sí digo que, en amor a todo esto, no me ha sobrepujado nadie».

## P I N C E L A D A S

Se ha dicho de Azorín que «ve a España en todo su polifacetismo: sus distintas gentes y, aunque admire mucho a Gracián (que fue satírico), se inclina especialmente por Amós de Escalante, que «tiene para todos los españoles —castellanos, gallegos, andaluces, catalanes, aragoneses— un vivo amor y una cordialísima simpatía» (2).

Vivo amor y cordialísima simpatía. ¿No podría definirse del mismo modo la actitud más auténtica de Azorín respecto a los hombres y las cosas de España? Basta leer, como contestación, la cita que hacíamos unas líneas más arriba.

Pero el amor es voluntad decidida de acción, de movimiento, dinámicamente actuante, aunque el movimiento físico no exista.

Por ello no puedo estar de acuerdo cuando se acusa de falta de voluntad a los hombres del 98.

El propio Jeschke radica en la abulia uno de los caracteres básicos de la generación. Bastaría evidenciar su incansable crítica para demostrar lo contrario. Ciertamente Azorín ha escrito: «Yo no quiero ser dogmático y hierático». No obstante, dogmático sí lo es a menudo, sobre todo a la hora de expresar los principios de su pretendida «regeneración». Y

(1) *Valencia*. «Obras selectas», Biblioteca Nueva. Madrid 1943.

(2) *Antonio Azorín*.—Pág. 119. Colección Austral de Espasa-Calpe.



afirma a veces: «Todos queremos que sea un pueblo culto y laborioso; pero no pasamos de estos deseos platónicos». Su visión y ansias distan mucho de la abulia. Y es que ama profundamente a España. Por ello, continúa: «¡Hay que marchar! Y no se marcha... Los viejos son escépticos... Los jóvenes no quieren ser románticos... El romanticismo era, en cierto modo, el odio, el desprecio al dinero...» (3). En otros momentos detestará el romanticismo como fenómeno genéricamente perverso. En el sentido arriba citado fue más positivo, por lo espiritual.

Su esfuerzo, su falta de abulia brota, qué duda cabe, del amor, porque «todos aman a una imagen y a un ensueño de España que sus ojos descubren» (4). Consecuentemente se alza la voz de Azorín: «Los unos son escépticos, los otros perversos..., y así caminamos, pobres, miserables, sin vislumbre de bonanzas» (5). Voz a la que contesta Laín Entralgo con la suya grave: «Aman a España con amor amargo». No podía ser de otro modo. Era un amor nacido del odio y la repulsa. Había de ser, necesariamente, voluntarioso y corajudo.

¡Abulia? Ya vemos que no. Se necesita, efectivamente, voluntad de elevados quilates para pretender en aquellos momentos lo que se desprende de la contestación de Unamuno: «Lo que ustedes pretenden me parece paradójico e injusto. ¡Suprimir el caciquismo!» (6).

Voluntad amorosa, pues, que les lleva a un enfoque nuevo de las cosas y de los hombres. A una actitud poética, lírica, emocionadamente íntima. «Sentíamos simpatía hacia aquella época del 98 porque era hondamente lírica» (7). Quizá la época en sí no lo fuera tanto. Azorín la ve lírica porque la mira con ojos de lírico, incluso al margen y por encima de la realidad como tal. Responde su postura a una verdad ideal evidente: la realidad es según la vemos o queremos que sea.

Amor amargo, que desemboca o se sublima, estiliza, en lo amorosamente lírico. Y así surgen las cosas pequeñas en proyección evidente y clara de valor auténtico. Valga el recuerdo del pan, como ejemplificación, elemento tan cotidiano y acostumbrado en nuestro diario vivir: «¡Cuántos nombres, te repito, tiene entre nosotros el pan! No sé si los recordaré

---

(3) *La Voluntad*.—Op. cit. Pág. 93.

(4) LAÍN ENTRALGO, P.—*La Generación del 98*. Pág. 106. Madrid, 1956.

(5) *La Voluntad*.—Op. cit. Pág. 96.

(6) UNAMUNO, M. DE.—Carta contestación a los del 98, en el libro *Madrid*, de Azorín.—Op. cit. Pág. 982.

(7) *Madrid*.—Op. cit. Pág. 1.007.



todos...» (8). Y continúa una página agradablemente lírica. Y no es solamente lo que dice, sino cómo lo dice. Los valores estilísticos destacan el valor de la realidad tratada.

Decididamente, la más pura España está en estas pequeñas cosas, en todas las pequeñas cosas que nos rodean cada minuto. Y en amarlas momento a momento que también es lo difícil y auténtico. Porque una heroicidad instantánea es capaz de realizarla cualquiera, pero ser héroe en lo pequeño, anodino y oculto, segundo a segundo, cuesta enormes esfuerzos de voluntad.

De voluntad y dotes de observación, toda vez que ambos fenómenos están íntimamente ligados. Y, por otra parte, ¿cómo amar lo pequeño sin poseer esa sentimentalmente lógica lente de aumento que engrandezca ante nuestra consideración el pequeño mundo que, en condiciones normales, discurre sin pena ni gloria para nadie? Observación incansable y nunca cansada. Potencia de concentrarse, de potenciar. Lo que esconde su valor como tímida violeta, hasta elevarlo a la superficie y contemplar cómo un sol de vida los ilumina y hace dinámicos, atractivos, amables. No importa que sean hombres, animales, cosas... La momia petrificada de la Historia pierde su rigidez y sus vendas. El mundo inquietante y paralizado del futuro se presiente en detalles de observación. El presente se desmenuza, se disecciona, se profundiza en su más mínima expresión.

Azorín lo observa todo porque lo ama. «He observado a la mujer francesa en los mercados —adonde yo iba diariamente a hacer la compra—, en los grandes almacenes, en las iglesias, en los cementerios, en el metro, en los autobuses. He completado estas observaciones públicas con otras hechas en casas particulares» (9). ¿Sólo la mujer francesa es lo observado? Se observa toda en todas partes, a cualquier hora. Ni siquiera se deja de mencionar los mercados, las pobres, anodinas, plebeyas cosas de los mercados ofrecidas a la compra. Y se observa la mujer francesa en los cementerios, el metro, las casas particulares... Lo que quiere decir todo ello también resulta observado, sometido a la fija, potente y asimiladora mirada del hombre que todo lo escruta y lo ama todo.

Un amor observador que concerta, sintetiza, aúna y funde todo en un deseo escondido, pero fuerte y decidido, palmario en el hondón del

---

(8) *Memorias*.—Op. cit. Pág. 1.441.

(9) *Valencia*.—Op. cit. Pág. 874.



alma, de estilización con llama vertical hacia la altura, hacia un nuevo mundo de las ideas: «Puche ha ido poco a poco apartándola de los intereses mundanos. Ya Justina, que es una buena muchacha, duda si querer a Azorín es un tremendo pecado... Las mujeres son ya las únicas que sienten el atavismo de esta cosa ridícula que es el heroísmo» (10). A pesar del adjetivo, se hace notar el heroísmo, aspiración a superar y elevarse sobre los basamentos puramente materiales y humanos. Se busca el espíritu por encima de todo; y a través de él, un ideal, un modo de vida superador que haga de la existencia algo diferente a un simple juego enconado de pasiones e instintos apenas disfrazados. «La vida militar es espíritu... El poder militar de España ha sido grande cuando sus ejércitos, sus generales, sus soldados sentían entusiasmo por un ideal, un ideal que podía sintetizarse en gestos pequeños como el del caballero de la espada» (11).

La observación, lo pequeño, el amor, el ideal... ¿Podemos cerrar el círculo?

Y todo por disconformidad, por rebeldía, por insatisfacción ante un estado de cosas rastrero, sofocante, ahogador de todo noble impulso: «La tierra clásica del honor es la tierra de la arbitrariedad: en política, el caciquismo deshonoroso; en literatura, el elogio interesado y la censura rencorosa. La apatía nos ata las manos, callamos ante las injusticias, doblamos la cabeza al peso de mil exacciones y tributos y confirmamos, después de más de setenta años, las palabras del ilustre arzobispo de Pradt: «La geografía ha cometido un error colocando a España en Europa, porque pertenece a Africa...», los tributos aumentan, la industria muere, la agricultura agoniza; la prensa periódica, el libro, los espectáculos son perseguidos a nombre de la moral pública; el juego de azar se eleva a la categoría de fuente de ingresos para la Hacienda; la política es una escuela de criminales; el cansancio se apodera de todos; el obrero no espera nada del Estado; el poder legislativo es una comedia; el judicial, un orden dependiente del ejecutivo; el ejecutivo, un servidor del miedo y de la ambición» (12).

Y el maestro Yuste, el venerable maestro Yuste de *La voluntad*, no se resigna, y se duele de que todo se pierda, de que todo se abandone, de

---

(10) *La Voluntad*.—Op. cit. Pág. 123.

(11) *Una hora de España*.—Op. cit. Pág. 653.

(12) En el folleto *Anarquistas literarios*.—«Obras Completas»; I; 168, Madrid, 1947.



que todo amenace morir rápidamente. Porque lo ama, le duele: «Y no sé qué es más bochornoso, si la iniquidad de los unos o la mansedumbre de los otros... Yo me entristezco ante este relajamiento, ante esta dispersión dolorosa del espíritu de aquella España... Cisneros, Teresa de Jesús, Theotocopuli... no han vuelto. Y las viejas nacionalidades se van disolviendo... perdiendo todo lo que tienen de pintoresco: trajes, costumbres, literatura, arte... para formar una gran masa humana, uniforme y monótona» (13).

Situación desastrosa, estúpida, degradante. El antídoto es una cura de voluntad —nada de abulia—, un rasgo generoso de amor, una observación atenta de la realidad amable, unos detalles pequeños. Unos gestos casi en miniatura «como el del caballero de la espada». En definitiva, digámoslo sin rodeos ni eufemismos, un ideal de vida que traiga nuevos vientos, brisas vivificadoras capaces de crear valores y lanzarlos a las estrellas.

## IDEAL Y SENTIMIENTO

«El tiempo pasado crea la ilusión. Y la ilusión es la verdad más alta, porque nos sostiene y nos consuela» (14).

Quizá la visión de España que Azorín tiene sea un tanto ilusionista, de tiempos pasados, o intemporal, para ser más exactos. De ahí su verdad. Porque la ilusión, bien entendida, significa un más o menos consciente deseo de que las cosas, los acontecimientos, los hombres sean como nuestra ilusión los presenta. Como consecuencia, surge el ímpetu, la vitalidad dinámica de transformación. Aparte del consuelo que proporciona.

Azorín es un incorregible creador de ilusiones, infatigable viajero de nuestro pasado, de donde coge toda suerte de hechos, detalles, vivencias, etc., etc., para revivirlas dentro de sí mismo y plasmarlas en sus propias obras.

Por ello él mismo dice de Antonio Azorín: «Lee en pintoresco revoltillo novelas, sociología, crítica, viajes, historia, teatro, teología, versos... Lo ama todo, todo lo busca... En el fondo no crea nada» (15). Le sobra,

(13) *La Voluntad*.—«Obras selectas». Biblioteca Nueva. Madrid, 1943. Pág. 130.

(14) *Pensando en España*.—Op. cit. Pág. 1.336.

(15) *Antonio Azorín*. Colección Austral de Espasa-Calpe. Pág. 126.



sin duda, la pirueta irónica de la coletilla final. Lo esencial —una vez más resaltado— es el amor que brota por todas partes.

Y, a no dudarlo, el amor y la ilusión van a constituir dos de los más firmes pilares sustentadores del ideal azoriniano, mirando a España siempre, con la vista fija en Castilla: «Hemos puesto en nuestro *ensueño* un poco de efusión y de amor. No pueden ser comprendidas las épocas pasadas sin ese poco de sincera simpatía» (16). En principio, genera un clima íntimo y atrayente capaz de hacer surgir el sentimiento a la altura, cuando menos, de la propia razón. Sin sentimiento, sin el desarrollo potenciado al máximo de la sensibilidad, bien poco puede hacerse. Y es que las ideas —y de ideal hablamos en aparente paradoja al encabezar el presente apartado— resultan bastante frías consideradas en sí mismas. Necesitan el calor con lo sentimental y comprensivo. Por ello el propio Azorín cita una carta de Silverio Lanza, haciendo resaltar cuanto queremos decir: «Además prefiero sentir a pensar; y las ceremonias del culto católico me hacen sentir de manera exquisita» (17). No importa ahora fijarse en el hecho de que sea el culto católico quien produzca el sentimiento. Pero quizá tenga toda la razón el escritor al pensar que el sentimiento prevalezca sobre la pura idea a la hora de juzgar, de comprender, de amar esta tremenda y contradictoria España nuestra, sus pueblos, sus campos, sus gentes.

Sobre tal base se eleva el ideal de Azorín, que se reduce nada menos que a esto: elevar a España, centrada en Castilla, del nivel ínfimo en que se encuentra, transformar al hombre español, integral y de cualquier estrato, con la fuerza poderosa de toda nuestra historia, de nuestra intrahistoria que diría Unamuno, hasta que alcance la plenitud digna que su nacionalidad le confiere, la estupenda dimensión humana que los Cervantes, los Cepedas, los Quevedos, le dejaron en herencia.

Por ello en todo lo que escribe el maestro siempre existe un círculo cerrado: es el ambiente de cualquier lugar o de cualquier hombre; y una misma aspiración: el acercamiento amoroso y comprensivo con ánimo de perfección. Y con las continuas escapadas, orientaciones, recuerdos a Castilla, centro atractivo de cualquier energía: «Castilla ha sido amada por los escritores del 98 en sus viejas ciudades y en sus campos. De Castilla, el deseo de escribir, ha ido hacia Levante, hasta Andalucía y hasta Vas-

---

(16) *Una hora de España*. Op. cit., 659.

(17) Respuesta a una carta de Silverio Lanza, en el libro *Madrid*. «Obras selectas». Pág. 1.009 y siguientes.





conia. España se ha visto a sí misma en su verdadera faz y por primera vez». Esto constituye su ideal y ante él despliegan una energía, una actividad tremenda de estudio y trabajo. A este respecto, quizá sea *Una hora de España* el libro más revelador con que nos obsequió Azorín. Es un libro de reivindicación de nuestra historia, que centra en el Siglo de Oro (XVI más concretamente) como España la centra en Castilla. En cuanto a su ideal ilusionado, el meollo central se encuentra aquí. Y es la Historia siempre, pero la sutil Historia de las cosas pequeñas —tan citadas en nuestro trabajo— aisladas, con ilación sólo en el fondo, en aparente anarquía, de que en alguna ocasión se ha acusado a Azorín: «Recuerdo que mis primeras novelas... fueron calificadas de «incoherentes». No se podía ver entonces la coherencia que en el fondo, no en la superficie, existe en esos libros» (18). Es el hombre, el ambiente, la tierra; sobre todo la tarde y el paisaje. Y siempre en presente, que es el tiempo de la eternidad. Sobre todo el hombre, el héroe, su recuerdo: «Nadie en esfuerzo, en energía, en perseverancia, en serenidad de ánimo ha llegado a donde este humilde español ha llegado» (19).

He aquí un texto formidable, revelador, sincero, potente, del ideal de Azorín. El humilde español, sea marqués o trabajador de la tierra. Lo fundamental es que sea español y humilde. Su labor será ingente, ciclópea:

- a) Esfuerzo.
- b) Energía.
- c) Perseverancia.
- d) Serenidad de ánimo.

¿Qué más puede pedirse? Desde luego la talla del héroe resulta sobrana y completa. Es el hombre que ha sido, el hombre español que duerme ya en la Historia, pero el hombre que gravita sobre el que ahora existe —existía y sigue existiendo en el tiempo de Azorín—, que pesa sobre sus espaldas y que, en la ilusión, en el sentimiento azoriniano, resalta como un modelo a imitar, como un arquetipo conformador de cuantos hombres viven y han de vivir en nuestro bendito suelo. De nuestro suelo integrado por una serie de elementos que también necesita reviviscencia y energía, serenidad de ánimo, podríamos decir si vale la expresión. Por ello Azorín habla emocionado del entorno donde está inmerso el humilde español capaz de todas las heroicidades: «Desearíamos saber como... se ha sentido la luz, la sombra, el silencio, la soledad. Lo blanco de una pared

---

(18) *Valencia*. Op. Cit. Pág. 872.

(19) *Una hora de España*. Op. Cit. Pág. 673.



y lo negruzco o dorado de unas piedras seculares, el son de una campana remota, el murmurar de una fuente en callado jardín, la nube blanca o cenicienta que pasa en la lejanía, la remota lejanía... (20).

En todo caso ambos elementos, tierra y hombre, van unidos por un ilusionado y grande destino, por un amor inmenso, por unas incuestionables ansias de vida, de energía y desarrollo dinámico en el hacer y crear de Azorín, del pequeño filósofo Antonio Azorín, del sereno y grave y triste maestro Yuste.

Pero tristeza y gravedad no significan abulia. Ni mucho menos pesimismo. No. No son pesimistas los hombres del 98. No es pesimista, de modo particular, José María Ruiz. El mismo lo declara así: «Cuando se acusa a ese grupo de pesimismo —pesimismo infecundo— se comete una deliberada o indeliberada superchería. El sentimiento pesimista que se tiene ante lo presente se lo traslada a lo porvenir... Y no es eso: se considera tristemente lo actual y se tiene esperanza, firme esperanza, en lo futuro» (21).

Decididamente no se le puede acusar de pesimismo. Ciertamente que una sensibilidad como la suya, o como la del maestro Yuste, habría de resultar herida, triste y dolorosamente herida. Pero ello no es, en sí mismo, síntoma evidente de pesimismo si, como hemos constatado, se reacciona vigorosamente en el pensamiento y en la voluntad.

En su idealismo matizado por el sentimiento, Azorín rechaza, por equívoco, decadente e infecundo, todo tipo de pesimismo. Y en consecuencia, cuando Unamuno le dice: «Lo que el pueblo español necesita es cobrar confianza en sí mismo, aprender a pensar y sentir por sí mismo...» (22). Azorín añade: «Sí, era y es cierto: lo importante era y es que España tenga confianza en sí misma» (23).

La esperanza ilumina la idea. Porque está convencido de que la confianza necesaria llegará. A veces se pregunta, las interrogantes se abren ante su capacidad de duda. Pero de nuevo surge la simbiosis sentimiento-razaón como superadora del puro y frío raciocinio. Y frente a un labriego, frente al hombre español, muy en abstracto y también muy en concreto, reflexiona: «¿Adónde irá este labriego? ¿De dónde viene? ¿Cuál será su vivir?» (24).

---

(20) *Madrid*. Op. cit. Pág. 1.019.

(21) *Madrid*. Op. cit. Pág. 981.

(22) *Madrid*. Op. cit. Pág. 982.

(23) *Madrid*. Op. cit. Pág. 982.

(24) *Madrid*. Op. cit. Pág. 1.007.



Ahí es nada: el círculo existencial completo encerrado en tres interrogantes: ¿Duda? ¿Desesperanza? ¿Pesimismo? Sus propias palabras nos dan la réplica, su misma respuesta que simultáneamente es deseo, ansia, ambición de nueva realidad— cierra toda controversia y borra toda sombra: «Nadie en esfuerzo, en energía, en perseverancia, en serenidad de ánimo, ha llegado a donde este humilde español ha llegado»... (25).

## PERSONALIDAD, PATRIOTISMO

Puede parecer, a simple vista, que nada o muy poco tengan en común la personalidad y el patriotismo, a la hora de emparejarlos en un mismo epígrafe. Quizá es así.

Ahora bien, si tenemos en cuenta que, al decir personalidad, nos referimos a la intraña íntima, profunda, esencialmente constitutiva de lo español y del español, sin duda los horizontes comienzan a aclararse de nieblas, y la ligazón surge por generación espontánea, sin esfuerzo aparente alguno. El patriotismo viene a constituir el amor sincero, auténtico, potenciado, a la idea-realidad nada utópica que hemos dado en llamar Patria, es decir, España; o lo que es lo mismo, esa famosa unidad de tierras y hombres con un destino a cumplir.

Inevitablemente, por este camino incidimos en el soto de la política. Y de propio intento queremos evitar el aspecto político que la cuestión pueda tener, por demasiado sabido y estudiado. Basta remitir al número quinto de «Juventud», fechado en 10 de noviembre de 1901, para constatar una primera explanación de principios, en cuanto a la regeneración político-social concierne, o la página de *La Voluntad* en que Enrique Olaiz realiza su magnífica confesión política. Allí, amén de otros numerosos textos, está dicho, expuesto, razonado y defendido todo cuanto a política se refiere. Por otra parte, los estudios sobre el tema son numerosos y fecundos. No merece, pues, la pena de insistir.

Nos interesa más mirar a lo hondo, a lo estable, a lo que ha sido, es y será, porque no tiene tiempo definido, porque corresponde a lo integral.

En un momento dado, Antonio Azorín dice: «Un pueblo pobre es un

---

(25) *Una hora de España*.—Op. cit. Pág. 681.



pueblo de esclavos... Habría que decirles que la vida no es resignación, no es dolor, no es tristeza, sino que es goce fuerte y fecundo, goce espontáneo de la naturaleza, del arte, del agua, de los árboles, del cielo azul, de la casa limpia, de los trajes elegantes, de los muebles cómodos... y para demostrarlo habría que darles estas cosas».

Definición de la vida del hombre, de la felicidad. Nuestro pueblo es pobre. Nuestra Patria no es feliz. Por ello, se necesita un patriotismo— que no patriotería— más fuerte, más acendrado, para hacer que nuestras tierras y nuestras gentes constituyan una unidad fuerte y definida en su actuación vital, como ya la constituye por historia. En consecuencia, leemos en una página del libro *Madrid*: «Lo que los escritores del 1898 querían era, no un patriotismo bullanguero y aparatoso, sino serio, digno, sólido, perdurable. A este patriotismo se llega por el conocimiento minucioso de España. Hay que conocer, amándola, la historia patria. Y hay que conocer, sintiendo por ella cariño, la tierra española. ¿Y quién será el que nos niegue que en nuestros libros hay un trasunto bellissimo —bellísimo en Baroja y Unamuno— de nuestra amada España?».

¿Es preciso insistir, por nuestra parte, en lo del amor, sentimiento y conocimiento? Creo que el texto no deja lugar a duda. Y frente al derrotismo pesimista que se atribuye a toda la generación, que se asigna al hipersensible Azorín, sinceramente creo que la cita precedente pone en claro muchas cosas. Es conveniente prodigar más las ideas, los escritos, los deseos de los hombres del 98. Y evitar, en lo posible, los juicios esquemáticos, los paradigmas consagrados, las ideas establecidas en cuanto a lo que fueron o significaron.

Azorín estaba convencido de que el patriotismo debía entenderse así y así lo puso en práctica, en la medida que estaba a su alcance: escribiendo incansablemente sobre España, con amorosidad de padre que ama lo que aún no le gusta demasiado, que ama porque le duele; con el gozo inefable del descubrimiento, del iluminar pequeños rincones, del lento entretejer un cañamazo muy desvestido todavía. Su peregrinar literario será la mejor muestra de lo que preconiza: amor y sentir simpatía mediante el conocimiento.

Pero no de cualquier modo conocer. Es preciso hacerlo con una norma digna y elevada, a la altura del hombre heredero de tanta gloria como gravita en la nación hispana. Tal norma, de íntima raigambre española, no puede ser otra que el honor. Un honor austero y respetuoso, que confiera dignidad al hombre; nunca jactancioso, despreciador y soberbio. El



honor que resata vivamente en el bellissimo capítulo del libro *Sintiendo a España*, título éste sintomático acerca de lo que venimos diciendo: «Una sociedad en que no se guarde el respeto será siempre una sociedad bárbara... Yo he querido hacer del honor, el honor de nuestra Castilla, la norma más alta de mi vida! Porque en la Castilla histórica es donde el honor se ha acercado más y ha llegado a su más alto punto».

El honor que genera respeto. Y el respeto como baremo indispensable para conocer la verdad de las cosas en su auténtica dimensión. Así será, pues, el conocimiento profundo que Azorín tiene de España: un conocimiento veraz, sereno, amable. Sin gesticulaciones alabatorias, ni diatribas degradantes. España, la esencia de España, es alta y firme, hermosa y triste, austera y digna de ser amada, por auténtica y por nuestra. Su patriotismo será, en consecuencia, decididamente voluntarioso; toda vez que «en parte alguna de Europa tienen las cosas tan definida y fuerte personalidad como en el «desierto» de España.» No continuamos con la cita, pero todo el correspondiente capítulo del libro *Madrid* constituye una cálida defensa de España, de sus cosas, de la «fuerte personalidad» que la caracteriza. Es decir, de la firmeza, decisión, incluso áspero contacto que las constituye. Quizá por el hecho de que España sea o se considere un «desierto». La dureza del clima, la reciedumbre de la tierra han hecho las cosas de España aguerridas, graves y fuertes; ha hecho a sus hombres austeros, reconcentrados y rocosos. En definitiva, poseedores todas, cosas y hombres, de una personalidad acusadísima, resaltada en aristas muchas veces hirientes. Una personalidad pujante —grande hasta en el dolor y la tristeza— que exige también un poderoso patriotismo.

Es el «desierto» de España, del páramo virgen castellano, que necesita corazones de león a la vez tiernos y a la vez salvajes, para entenderlo, amarlo y hacer que se proyecte en fecundidad.

Por ello en *Una hora de España*, exagera en cierto modo cuando habla de la decadencia: «No ha existido tal decadencia: ¿Cuándo se la quiere suponer existente? Se la supone precisamente en el tiempo mismo en que España descubre un mundo y lo puebla, en el tiempo mismo en que veinte naciones nuevas de raza española, de habla española, pueblan un continente». No es momento de enzarzarse en una discusión sobre la realidad o no de la decadencia española. Lo decisivo es el honesto y hermoso orgullo con que Azorín habla de la pujanza española, de su capacidad y empeño para realizar la misión que, como Patria, tenía encomendada.



La fuerte, la desértica España ha engastado su sangre en veinte nuevos pueblos. No cabe duda que la personalidad que ello supone ha de ser decidida, casi violenta, y el patriotismo que merece, «serio, digno, sólido, perdurable», llegando a él por «el conocimiento minucioso de la historia patria, por el cariñoso entendimiento de la tierra española».

## HISTORIA Y GEOGRAFIA

Historia y tierra españolas. He ahí el binomio que hace resaltar Azorín. ¿Cuánto se ha escrito sobre ello?

A pesar de todo, digamos algo, tratemos de añadir, de recordar. Volvamos la mirada y tropecemos con la Historia, con el alma de España en otros momentos de su singladura, de su pesada singladura cronológica.

En el libro *Madrid*, encontramos este simple aserto: «De nuestro amor a España responden nuestros libros... No creo que tenga un solo libro, en los cuarenta volúmenes, ajeno a España». A esa España «escueta, desnuda y limpia, más cerca de lo eterno en su escaso o nulo mudar a través de los tiempos», según nota Pedro Salinas (26). O como apunta Laín Entralgo, la España del «tradicionalismo primitivo o medieval» (27). En todo caso, sigue Laín, «sentiría deslizarse sus preferencias hacia una España ya inequívocamente española y ajena a la vez a nuestra gran aventura histórica» (28).

Pero sumergida en la historia, aunque no sea la de la gran aventura, hasta lo más hondo, hasta el tuétano mismo de lo esencial, haciendo resaltar bajo «el bosque de sucesos aparatosos... la vena delicada de nuestra primitiva autenticidad, vena que empapa el mundo intrahistórico o de los pequeños hechos, o aflora hasta la superficie en hontanares dispersos» (29).

Destaquemos, a modo de ejemplo, algunos párrafos de *El alma castellana*, los que nos hablan de la casa: «Las puertas son de roble, fornidas puertas con puntiagudos clavos y complicadas guarniciones; plaza fuerte

(26) SALINAS, P.—*Ensayos de Literatura Hispánica*. Pág. 293. Madrid, 1958.

(27) LAÍN ENTRALGO, P.—*La Generación del 98*.—Pág. 337. Madrid, 1956.

(28) LAÍN ENTRALGO, P.—*La Generación del 98*.—Pág. 337. Madrid, 1956.

(29) LAÍN ENTRALGO, P.—*La Generación del 98*.—Pág. 338. Madrid, 1956.



parece el zaguán, por lo anchuroso. Pasemos al recibidor; guarda la entrada el criado de escalera arriba, el primero en la jerarquía de los domésticos; adornan sus paredes pinturas diversas...

«Subamos por la ancha escalera de rojo mármol: el primer piso es para el dueño, el otro para sus huéspedes. Entra la luz por vidrieras que representan evangélicas historias y escenas amorosas... El salón está colgado de tapices riquísimos, cubierto el piso por mullida alfombra.

«Vienen después los dormitorios, con sus camas de pesado cielo, los aposentos para guardar joyas, la alacena, la despensa, la cocina...

«Salgamos finalmente al balcón y admiremos la maravillosa labor de sus dorados hierros. Miremos a la calle: un apuesto gentilhombre pasa ahora, azulado y abierto el cuello, calza entera de obra, sombrero con plumas, espada dorada, ferreruelo aforrado en felpa, guante de ámbar y, sobre los hombros, una vuelta de cadena de oro» (30).

Basta como ejemplificación. Así son las cosas y los hombres observados hasta en lo mínimo de sus detalles, Y con una dimensión vital, dinámica, formidable. Todo historia, todo tiempo, todo eternidad. ¿En qué momento discurre lo descrito? ¿Ha existido ya? ¿Existirá con el pasar del tiempo? Un problema estilístico de juego verbal tiende la trampa y convierte la realidad intrahistórica en extratemporal.

La eternidad evidencia lo esencia de las cosas. Ahí radica España.

Y es el propio Azorín quien habla del tiempo: «En cuanto a mí, el tiempo en concreto, es decir, la Historia, me ha servido de trampolín para saltar el tiempo en abstracto», tiempo en abstracto que, a pesar de todo, sirve de soporte a lo que el maestro entiende, rectamente, por historia de verdad, verdaderamente vivificadora.

Y es precisamente en *Madrid*, donde radica la mayor y más sustancial parte de su teoría de España, desde el punto de vista histórico: «Los grandes hechos son una cosa y lo menudo otra. Se historia los primeros, se desdeña los segundos. Y los segundos forman la sutil trama de la vida cotidiana. En eso estriba todo. Ahí radica la diferencia estética del 98 con respecto a lo anterior. Diferencia en la Historia y diferencia en la literatura imaginativa. Lo que no se historiaba, ni novelaba, ni se cantaba en la poesía, es lo que la generación del 98 quiere historiar, novelar y cantar. Copiosa y viva y rica materia nacional, española, podría entrar, con tales propósitos, la de la generación del 98, en el campo del arte».

---

(30) Azorín.—*El alma castellana*. «Obras Completas»; I; 583-85; Madrid, 1947.



Los propósitos, las ideas, todo es tan meridianamente claro, que no necesita la más leve glosa por nuestra parte. Se trata de la viva y rica, histórica materia nacional. Sin ampliaciones ni elementos diminutivos. Todo en su junto sentido, en su necesaria proyección hacia el presente y salto hacia el futuro. Lección de vida que ha de aprenderse para obtener nuevos valores de revolución y desarrollo.

Claro está que la Historia es sólo el anverso de la moneda, la cual no está completa hasta que se le añade la otra mitad. Y esa otra media parte es la geografía, el soporte de tierra y roca, de árboles y de ríos, de hontanares escondidos, recoletos. La geografía como testigo vivo y mudo de la historia intraexistencial. La geografía como habitación del hombre, como su entorno amparador. Azorín ama la geografía, igualmente que la historia, con la misma unción, con idéntica armoniosa serenidad.

Y muy a menudo ama ambas cosas, geografía e historia, en una simbiosis fusionadora de planos, creadora de nuevas sugerencias y de valores también nuevos, no pocas veces sorprendentes por insospechados. También de *Madrid* anotamos: «Contentábame ya con emprender cortos viajes, y siempre a solas. Visité al señor cura párroco de Maqueda, antecesor del otro párroco del Lazarillo... En Escalona estuve en los andamios o pasos de las murallas de su castillo. Evoqué allí a la viuda de don Alvaro de Luna, que en tal mansión encerrara su duelo, y visité varias veces Alcalá de Henares».

Pero no es sólo Castilla el centro de su admiración más cualificada. De Castilla, radialmente, se ilumina toda la geografía hispana, y siempre con motivos de vinculación a la tierra por parte del hombre. Unas veces será Vasconia, otras Levante, no pocas Andalucía, la del claroscuro y el contraste: «Emprendí la ruta de D. Quijote. Propuse un viaje por Andalucía. La jovialidad a ultranza que se adjudicaba a Andalucía me encocoraba».

Siempre la España total y variada, interesante y atractiva en sumo grado.

Naturalmente no podía faltar el amor aunado también a la geografía, a los motivos de nuestro suelo español: «El maestro ama esta llanura solitaria; aquí se olvida por unos días de los hombres y de las cosas».

El maestro Yuste, como el maestro Azorín, se sienten identificados con la geografía, hasta el punto, como vemos, de aliarla en su ánimo como compañera, dentro de su soledad, más querida que los propios hombres. Incluso para descansar de ellos.





Todo queda patente. Y es que el paisaje... Pero dediquemos unas palabras aparte, en exclusiva, al paisaje que empapa el alma de Azorín.

## PAISAJE

En todo caso, no vamos a insistir, martillear sobre lo ya dicho, sobre lo que muchos han escrito. Mejor nos parece oír la voz del propio autor, de uno de los más fervientes creadores del paisaje español.

«Los escritores del 98 —escribe en *Madrid*— han visto el color donde antes no se había visto y han visto el violento claroscuro de España».

Nada más cierto. Pero no se han limitado a ver. También han reflejado, han interpretado, han reelaborado ese paisaje, ese color no visto hasta ellos. Y del crisol han surgido las tonalidades en todo su brillo, raramente en su opaca y triste realidad.

¿Violento contraste, querido maestro?

Sin duda que existe; sin duda que ha sido visto; sin duda... Pero el lápiz azoriniano, lento o apresurado, pocas veces —casi ninguna, me atrevería a decir— pinta un contraste en lucha, violento, ni siquiera duro de aristas. Tal es el amoroso cuidado con que lo trata, que siempre está presente la «pincelada azul» para suavizar formas, para redondear picos, para reblandecer durezas. Lo que no quiere decir, en modo alguno, que el paisaje se falsee o mixtifique. Todo lo contrario. Su realidad resulta más urgente, más auténtica, después de haber pasado por el alma de Azorín. Sólo que, era inevitable, ha de salir teñido de su tenue color espiritual, de su emoción serena y armónica, de la «escondida violeta» que crece allá, en lo más hondo.

Porque lo cierto es «que se ha dicho que el paisaje lo hace el artista. Y es mucha verdad. Blasco Ibáñez ha creado la Naturaleza valenciana».

Estas son las palabras del maestro. ¿Y no será verdad asimismo, que Azorín ha creado el paisaje español, el paisaje castellano, «su» paisaje? También esto se ha dicho. Y es igualmente cierto.

No hay, pues, paisaje sin artista que lo refleje, que lo haga, que lo recree. ¿Qué bien lo sabe Azorín! ¿Y qué artista se muestra, cuán hondas sus calidades al pintar el paisaje que refleja su intimidad! «Nos atraía el paisaje —ha dicho— no es cosa nueva... Lo que sí es una innovación es



el paisaje en sí, como el único protagonista de la novela, el cuento o el poema». Verdad también. ¿Es necesario ejemplificar, citar títulos? Leamos mejor, leamos en cualquier página y en un momento también cualquiera: «¡Ah, el paisaje de España!... Inacabables y polvorientos llanos, desesperantes y tristes, sin un árbol, sin una casa, sin una charca, sin un pájaro; despeñaderos al abismo y picachos blanqueados por eternas nieves, venero de claras fuentes que bajan saltando por acequias empedradas de menudas guijas y riegan las frondosas alamedas de calado palacio árabe; vega de tupidos naranjos, tibio el aire y perfumado por el azahar, diáfano y transparente el cielo de azul claro; pueblecillos de casas parduzcas, agrupadas en una ladera, escalonadas, apiñadas en desharropado conjunto de tejados, chimeneas, paredones, esquinzos que se empinan desde la verdura de los huertos y el follaje de los almendros, hasta rematar en los muros bermejos de viejo castillo moruno; ondulantes llanuras de viñedos limitados por ribazos que presidían y sustentan los altos terrenos, cortados por una negruzca vereda que serpentea entre los pámpanos y se aleja, se aleja, bordeada de blancos montoncillos de piedra, estrechándose, ensanchándose, hasta perderse en el angosto paso de una montaña; cuadros de clara alfalfa y breves términos de emparradas hortalizas entre páramos salitrosos y rapadas lomas: siestas estivales de bravío y ardiente sol, que llena las piedras de los montes, los surcos de los bancales, las copas de los árboles».

No es posible dudarlo, les atraía y ¡de qué modo! Claro que Azorín supera a todos los demás. Quizá no posea su paisaje la lujuriente vitalidad del paisaje unamuniano; quizá ceda en contrastes ante el de Baroja. Pero a todos supera en esplendor, en armonía, en nitidez de perfiles, en personalidad augusta y soberana.

El paisaje azoriniano es un personaje más en su dilatada galería. Pero un personaje especialmente significativo, al que podríamos encontrar cerebro y corazón y alma: intimidad compleja y fecunda, sustancialmente humana en su polifacjetismo constituyente.

El suyo sí que es, con toda seguridad, en toda su extensión, «el paisaje por el paisaje, el paisaje en sí, como único protagonista de la novela, el cuento o el poema». En definitiva, y por encima de todo, como protagonista indiscutido de la aventura humana del vivir, tal como la conciben los hombres del 98, Azorín, más concretamente y dentro de tan importante y decisiva aventura, no podía ser menos. Castilla lo impregna todo, todo lo inspira. Servirá como centro metafísico y también como dinámico



trampolín hacia nuevos horizontes, hacia luces y cielos nuevos, bajo los que siempre, inexorablemente, gravitará un sol rojo de sur y amarillento de norte, una tierra desesperadamente parda o verde en plenitud, un pueblo pequeño y blanco, un labriego curtido, tostado, viejo de dolor y experiencia, que no se sabe de donde viene ni adonde va. «Castilla ha sido amada por los escritores del 98 en sus viejas ciudades y en sus campos. De Castilla el deseo de describir ha ido hasta Levante, hasta Andalucía y hasta Vasconia. España se ha visto a sí misma en su verdadera faz y por primera vez. Dejad que uno de los escritores de ese grupo, después de haber cubierto de notas su cuadernito, con febril lápiz, se siente en el margen de un caminejo torcido, un camino de los llamados viejos. Y coja una florecilla amarilla, azul o carmesí, de las que graciosamente aquí crecen».

Bastará analizar esta breve nota, esta pincelada impresionista, para poder concluir casi una completa visión de lo que España significa para Azorín, contemplada a través de su paisaje.

1.º Castilla.

2.º A través de ella, toda España, para volver otra vez a su centro vital.

3.º Descubrimiento del paisaje.

4.º Un camino torcido «de los llamados viejos».

5.º Una florecita, así, en diminutivo.

6.º Y el hombre como un elemento más del paisaje. Esta vez el escritor que, para lo que hace —coger una florecita— lo mismo podía haber sido un labriego.

Paisaje, sin duda alguna, lleno de la más completa vitalidad, dinámica y activa en su papel de eje firme, sustentador de fuerzas a las que orienta y hace vivir. El hombre, ciertamente, se encuentra muy a gusto dentro de tal paisaje, se une a él en estrecho abrazo. Paisaje y hombre son una misma cosa, constituyen una esfera, indestructible en su armónica unidad. La serenidad del paisaje y la humana serenidad no se diferencian. La florecilla amarilla, azul o carmesí— lo mismo crece en el alma de la tierra que en el corazón del hombre. Los dos, hombre y paisaje, constituyen un mismo camino.

Claro está que el paisaje es múltiple, variado, cambiante. De ahí su vitalidad y de ahí también su insobornable armonía. Pero la España diversa, violenta y contrastante, la reduce Azorín —magia de la palabra, juego del tiempo, piedra filosofal del estilo— a un triple elemento definidor:



- A) El pueblo, la ciudad pequeña.
- B) La tierra, virgen, fuerte, sustancial.
- C) El hombre, con raíces en dicha tierra.

Pueblo, tierra y hombre: sin mixtificación, en toda la potencia de su ingenuidad paradisiaca, de su real esencia eterna.

El pueblo, sin afeites, solo, desnudo, a plena luz que agudiza sustancias. «Ella... es una ciudad vetusta, pero clara, limpia, riente; tiene callejuelas tortuosas que reptan monte arriba; tiene vías anchas y sombreadas por plátanos; tiene viejas casas de piedra con escudos y balcones voladizos; tiene una iglesia con filigranas del Renacimiento, con una soberbia reja dorada, con una torre puntiaguda, tiene una plaza donde hay un hondo estanque de aguas diáfanas que las mujeres bajan por una ancha gradería a coger sus cántaros; tiene un castillo...» nos dice, descriptivamente, en *Antonio Azorín*.

El pueblo dentro de sí mismo, sin tierra, sin hombres, silencioso.

La tierra, por su parte, también aparece en puridad, virgen de huellas extrañas, pujante y decidida en la fuerza de su fecundidad o aridez: «Amplios cuadros de viñas crecen entre dilatadas piezas de sembradura, y los olivares se extienden a lo lejos, por las lomas amarillentas, en diminutos manchones grises, simétricos, uniformes. Perdida en el llano infinito aparece de cuando en cuando una casa de labor; las yuntas caminan tardas, en la lejanía, rasgando en paralelas huellas la tierra negruzca. Y un camino blanco, en violentos recodos, culebrea entre la verdura del sembrado, se pierde, ensanchándose, estrechándose, en el confín remoto», leemos en *La Voluntad*.

La tierra sin salir de sí misma, sin pueblos, sin hombres. Infinita y silenciosa.

Falta el amor que produzca la unión todavía más fecunda y vivificadora, rica y armoniosa, dinámica y humana. Ese amor que Azorín esconde siempre, pícaro, para hacerlo brotar en cualquier momento, sobre cualquier cosa, a lo largo de un camino cualquiera: «Petrel se asienta en el declive de una colina, solapado en la fronda, a la otra banda del valle de Elda, dominando con sus casas blancas y su castillo bermejo el oleaje, verde, gris, azul, de la campiña... El camino desciende en empinados recuetos, culebrea entre rapadas lomas, toca en un huertecillo de granados, se acosta a un plantel de oliveras, empareja con un azarbe de aguas tranquilas, pasa rozando el cubo de un molino, entra, por fin, en las huertas frescas y amenas de Elda», nos ofrece en otra página de *Antonio Azorín*.



Unión de pueblo y de tierra. Unidad paradisiaca de su real esencia eterna.

Unión de pueblo y de tierra: ambos vertidos hacia sí mismos. Amorosos, infinitos y callados.

A, su vez, el hombre... Pero oigamos un momento la voz de Azorín, que se pregunta: «¿Adónde irá este labriego? ¿De dónde viene? ¿Cuál será su vivir?».

## EL HOMBRE

Tema fecundo el del hombre en Azorín. Habría para escribir, escribir, escribir. Porque si el maestro ama a España con dolorido amor ¿cómo no amaré a sus gentes, a sus hombres que, en definitiva, constituyen la esencia, el meollo más hondo y sustancial de la Patria?

Azorín crea un hermoso paisaje, unos pueblos hermosos. Azorín descubre la Naturaleza de nuestras tierras de flores, de desiertos, de caminos escondidos, ignorados y silenciosos. Azorín crea todo un mundo nuevo, real y poético, ya existente. Y todo a golpes de sangre, de cordialidad, de amor. Con un solo fin: ofrecerlo al hombre hispano, sea quien sea, y hacer de él un ser feliz, alegre, trabajador, gozoso: «Habría que decirles que la vida no es resignación, no es tristeza, no es dolor, sino que es goce fuerte y fecundo, goce espontáneo de la Naturaleza, del Arte, del agua, de los árboles, del cielo azul, de las cosas limpias, de los trajes elegantes; y para demostrárselo habría que darle todas estas cosas».

Así lo piensa, así lo quiere y así intenta hacerlo con todas sus fuerzas. Porque el hombre es su preocupación más honda y sincera. Hasta tal punto que, cuando se pone serio de verdad, cuando efectivamente sus acentos son más duros, acerados, es en el momento en que habla o escribe acerca del hombre, de todos y cada uno de los hombres, esté o no de acuerdo con ellos.

Ya desde el principio es necesario notar una triple faceta en el modo de enfocar Azorín al hombre:

A) Para criticarlo, amarga y aceradamente, por la voluntaria pérdida de su dignidad, por su tozudez o cazurrería.



B) Para considerarlo como un ser ingenuo, paradisiaco, bastante desvalido y necesitado de que se preocupen por él.

C) El hombre en su última y metafísica dimensión. Desde tal punto de vista, sólo el hombre del campo, el hombre en pureza original, puede ser —y de hecho lo es— feliz. Felicidad y cultura, dicha y civilización, son fuerzas antagónicas y excluyentes. La tragedia humana tiene ahí su raíz original.

En función de todo ello, no resulta extraño encontrarnos con actitudes como ésta: «La juventud española es frívola y superficial, no toma en serio el arte, ni el derecho, ni las grandes cuestiones de la vida. Su ideal es la política, no entendida en el sentido de «arte de gobernar» sino en el de «arte de engañar». Halla sus placeres en el café, abusa del tabaco y del alcohol, lleva al dedillo las estadísticas de las casas de partido. No tiene fe en la marcha progresiva de la Humanidad, no comprende el sacrificio por el prójimo presente... o futuro».

O como esta otra: «A su trituradora —la de Val— se le hace cruda guerra; los labradores no transigen con el nuevo aparato. Y el nuevo aparato —económico, fuerte, fácilmente manejable—, hace inútiles los enormes trujales antiguos y ahorra trabajo en la molienda. La trituradora sería en otro país un negocio excelente. En Yecla... «Sale la pasta muy cernida», dicen. «Hace el aceite malo». No, no, lo malo es la rutina del labrador hostil a toda innovación beneficiosa».

Citas ambas sacadas del folleto *Literatura* y de *La Voluntad*, respectivamente.

Los he emparejado porque los dos me parecen muy significativos, y, más aún, hermanados en el espacio. Leyendo, destacan la dualidad del hombre; culto y joven por una parte; analfabeto y menos joven por otra. Pero ambos igualmente negativos, destructores de su propia esencia humana. Mucho más culpables los primeros, Azorín lo sabe harto bien. Por ello su crítica es más dura, más despiadada. Juventud que está destrozando su presente y va a corromper el futuro de los demás. Imperdonable.

Todo esto le duele profundamente a Azorín; y lo critica; pero no de una manera demoledora y negativa, ineficaz y pesimista. No, no. Lo hace movido por su hondo amor al hombre, a su circunstancia vital. Con ánimo palpable de mejoría, de progreso, como él mismo dice. En todo caso es sólo una actitud, más superficial y pasajera, más concreta y localizada, por la índole misma del objeto que la provoca.

Prueba evidente de su afán constructivo es la interrogación que se



plantea en «Tiempos y cosas»: «¿De qué servirá que mudemos de instituciones y gobernantes, si no nos cambiamos a nosotros mismos, es decir, si no mudamos radicalmente las causas primaria y hondas que nos hacen ser como somos»? Interrogante que lleva, en sí misma, el deseo de no quedarse en la superficie sino de profundizar hasta la propia raíz del mal que nos aqueja.

Decíamos que se trata de una actitud. Nos faltan las otras dos y en la segunda, resulta revelador tropezarnos con el siguiente texto, sacado del cuento «Padrón de los españoles»: «En mis andanzas por tierras españolas —singularmente por Castilla— he ido tomando notas... Escojo las que van a continuación. Pastores, aguadores, criadas de servir, gente pueblerina y del campo, en todas partes de España se ven».

Porque España es esto, sin duda, por encima de otras muchas cosas. La tierra y los hombres de la tierra, solos y desafortunados muy a menudo. Es preciso sacarlos al exterior, airearlos. Su pequeña vida constituye un continuo y triste cuadro de costumbres. Azorín lo nota, lo siente, se conmueve y, en la mente del venerable maestro Yuste, reflexiona: «Yo no sé cuál será el porvenir de esta gente, de toda esta clase labradora, que es el sostén del Estado... Nota, Azorín, que la emigración del campo a la ciudad es cada vez mayor, la ciudad se nos lleva lo más sano, lo más inteligente del campo».

Esto duele al maestro Yuste. Duele al maestro Azorín. El quisiera ayudarles, hacerles comprender que la vida en el campo es más pura, más honda, más humana: «Habría que decirles que la vida... es goce fuerte y fecundo; goce espontáneo de la Naturaleza, del Arte, del agua, de los árboles, del cielo azul, de las casas limpias, de los trajes elegantes; y para demostrárselo habría que darles estas cosas». Porque lo cierto, lo triste, lo doloroso es que «en regiones como Castilla, como la Mancha, sin agua, sin caminos, sin casas confortables, ¿cómo va a entrar el espíritu moderno?».

Con razón las gentes emigran y esto es lo triste. Porque no ganarán en el cambio. Sería preferible traer la ciudad al campo, no el campo a la ciudad. Porque en la ciudad el hombre se mixtifica, se adultera: se deshumaniza, en definitiva.

Y llegamos a la tercera y última singladura, al hombre desnudo de circunstancia, al hombre con el «yo» solo: a su esencia.

«En regiones como Castilla, como la Mancha, sin agua, sin caminos... En mis andanzas por tierras españolas... escojo los que van a continua-



ción: pastores, aguadores, criadas de servir, gente pueblerina y del campo».

Dentro del pueblo pequeño y blanco, sobre la tierra fecunda o austera: el hombre del campo. Él es el *quid*, el centro de todo. En él radica la esencia auténtica de hominización, en el hombre libre, primitivo —que no bruto y analfabeto— fuerte y sencillo.

¿De dónde viene este labriego?, se pregunta Azorín. Había que constatarle que de la tierra; pero él lo sabe muy bien; de esos «inacabables y polvorientos llanos desesperantes y tristes, sin un árbol, sin una casa, sin una charca, sin un pájaro», o de esos «pueblecillos de casas parduzcas, agrupadas en una ladera, escalonadas, apiñadas en desharrapado conjunto de tejados, chimeneas, paredones», o, en fin, de esas «ondulantes llanuras de viñedos, limitadas por ribazos que presidían y sustentan los altos terreros, cortados por una negruzca vereda que serpentea entre los pámpanos y se aleja, bordeada de blancos montoncillos de piedras».

¿Adónde irá este labriego? Sin variante alguna, también Azorín lo sabe. Viene del paisaje y va al paisaje; viene de la tierra y va a la tierra; viene de la historia y a la historia camina. Son la esencia humana del pueblo español, inmóviles en el tiempo, que es eternidad para ellos.

¿Cuál será su vivir?, acaba preguntando, asimismo, el maestro. Y allá, perdida en una página de *La Voluntad*, y presente en cualquiera de sus palabras, la respuesta surge como una violeta en un recodo del camino: «La fe mana abundosa en el corazón del labrador manchego. Es sencillo como un niño; es sanguinario, exasperado. Habla lentamente. Impasible, inexpresivo, silencioso. El labrador manchego viste de paño prieto, come frugalmente. Es cauto, recela de los halagos oficiosos; malicia de la novedad incomprendida».

Pero es feliz. Azorín también lo sabe. Por eso lo ama tanto, por eso mismo lo potencia hasta convertirlo en símbolo, en algo grande y profundo, pluridimensional, auténtico en plenitud.

El sabio, en cambio, el hombre que no es la tierra, excesivamente evolucionado y culto, no es feliz. Así, cuando muere el maestro Yuste, sus palabras últimas nos abruman, nos anonadan. «Yo he buscado un consuelo en el Arte... El Arte es triste... ¡La inteligencia es el mal! Comprender es entristecerse».

Nada más. Respetemos el silencio doloroso, la convicción mortal. Reste como una pincelada volando al aire.





Pero después del hombre ¿qué podemos esperar, adonde volver los ojos? Inútil, Todo comienza y ha de terminar en el propio hombre.

¿«Adónde irá este labriego»? ¿De dónde viene? ¿Cuál será su vivir?».

«Ya en la lejanía, apenas se percibe, a retazos, la súplica ferviente de los labriegos, de los hombres sencillos, de los hombres felices...».

